

EL CAZADOR DE GACELAS

PABLO MURADAS



El Cazador de Gacelas

Pablo Muradás

pmuradas@eresmas.com

620 000 091

Dedicatorias

A mi hija Paula, que ha traído la luz y la alegría a nuestras vidas

A María, mi mujer, que me apoya y aconseja en todos mis proyectos

A mis padres y hermano, que están siempre junto a mí en el día a día.

Capítulo I

La calle estaba completamente colapsada desde primera hora de la mañana, en Madrid era normal que algún tipo de evento contribuyese a bloquear el ya de por sí caótico día a día de la capital; pero no dejaba de impresionar el ver la cantidad de gente que se agolpaba a los lados de las cintas policiales del cordón de seguridad.

Había gente asomada en los balcones de los edificios colindantes, gente subida a los capós de los coches, y por supuesto la gente que había conseguido su hueco en primera línea, jugaban con su teléfono móvil a reporteros en busca de grabar la instantánea exacta.

Desde primera hora de la mañana, un nutrido grupo de policías había acordonado la castiza plaza de Chamberí, en pleno centro de Madrid, el parque de la plaza estaba ahora rodeado con las cintas azules y blancas del cordón de seguridad, el objeto de semejante despliegue era un inmueble en la céntrica plaza, todo el recinto acordonado estaba controlado por la policía; desde los hermosos y señoriales edificios, pasando por el edificio de la Junta General del Distrito y el parque con sus bancos para sentarse y sus árboles perfectamente distribuidos.

De entre todos aquellos edificios y justo enfrente la Junta General del Distrito se ubicaba el inmueble objeto del despliegue, se trataba de un viejo edificio de cuatro alturas, tenía la pintura de la fachada completamente descascarillada y llena de desconchones que dejaban a la vista el color del ladrillo, algunas de las ventanas tenían los vidrios rotos y los que aun sobrevivían hacia mucho tiempo que habían perdido la transparencia original para tener un tono grisáceo, con un portal que da a la misma plaza de Chamberí, no tenía puerta trasera ni balcones, solo dos ventanas por piso eran el único contacto con el exterior del viejo edificio,

no se veía luz en ninguna de las ventanas lo que daba al edificio el aspecto de una calavera con unas tenebrosas cuencas. Era evidente que estaba en estado de abandono

El inspector Alonso Villar era el responsable del dispositivo, a su cargo estaban hoy también las unidades de Grupos Especiales de intervención que estaban diseminados por varios puntos de la plaza, Villar recorrió de nuevo con la mirada a la multitud que seguía engrosando las filas de curiosos, listillos, entendidos, aprendices de reportero, etc., nunca le habían gustado los mirones y mucho menos saberse el centro de sus miradas. Aunque el día y la hora elegidos – era martes a las diez de la mañana – coincidían con un horario laboral normal, era inevitable que desempleados, jubilados, amas de casa y demás gente no sujeta a los rigores de un horario hicieran un alto en su día a día para ver en acción a la policía.

Por que la verdad es que el despliegue de la policía era digno de una película de acción, la plaza entera estaba tomada por miembros de los Grupos Especiales listos para una intervención, a parte de los agentes de policía que se ocupaban de mantener y controlar el cordón de seguridad, y luego en el centro del maremagnum, justo enfrente del edificio objetivo, él y su compañera en el caso, la subinspectora Paola Soto, al lado de ellos un coche de la policía que tenía la puerta abierta donde guardaban las carpetas con el expediente del caso, un par de teléfonos móviles y la radio conectada con la central

Villar miró de reojo su reloj y luego se dirigió a la subinspectora Paola Soto sin apartar la mirada del edificio de enfrente.

- ¿Has hablado con el grupo de francotiradores y con los de intervención? no me apetece una sorpresa de última hora – preguntó Alonso
- Si, acabo de hablar con ellos por la emisora, me confirman que siguen en posición, esperan nuestras in-

dicaciones – La voz quebrada de la subinspectora hacía notar el estado de nerviosismo por el que estaba pasando, no en balde era el primer caso de relevancia en el que estaba involucrada

- De acuerdo, esperaremos un poco más para que aumente su desesperación antes de darle la opción de entregarse – el tono de voz de Alonso denotaba la preocupación de quien tiene que tomar las decisiones críticas en este tipo de situaciones y el peso de la responsabilidad

Aunque a sus cuarenta y dos años ya había protagonizado cientos de detenciones, participado de numerosos operativos, se había enfrentado con crimen organizado y también con asesinos en serie, aunque lo que más le revolvió las tripas era enfrentarse a asesinos y violadores de mujeres o de niños, en general cualquier forma de abuso hacia los débiles le hacía salir el lado más visceral, pese a toda su dilatada experiencia Villar no podía evitar ponerse nervioso siempre que coordinaba un dispositivo como este, al fin y al cabo la cantidad de cosas que podrían salir mal en una situación así era interminable. Escudriñó una vez más el edificio que tenía delante con sus ojos claros, tan pequeños como intensos, Alonso mantenía una aceptable forma física, era delgado y huesudo, con una cara angulosa y el pelo claro y corto

Instintivamente metió la mano en su gabardina color beige y empezó a jugar con los dedos y su llavero con forma de bola de billar, siempre que se sentía agobiado por cualquier acontecimiento le gustaba manosear aquel llavero y entonces sentía que se relajaba un poco, comenzó a recordar lo complicado que estaba resultando este caso, un asesino en serie de mujeres que operaba en la zona de Chamberí y que la prensa con su habitual genio creativo para estos temas había bautizado como el estrangulador de Chamberí, que había tenido en jaque a la policía de toda España durante casi un año.

En total siete mujeres habían sido brutalmente violadas y asesinadas en los distritos del centro de la capital, el caso como no podía ser de otra manera se convirtió en la comidilla de la opinión pública en España durante el último año, los informativos abrían sus cabeceras de noticias con las últimas informaciones del violador de Chamberí, los programas de debate se multiplicaban y se buscaban similitudes con otros casos similares, sin embargo la escasez de avance en el caso durante numerosos meses había hecho cundir el pánico entre población, fuerzas de seguridad e incluso se cobró el cargo del subdelegado del Gobierno en Madrid quien al no verse avalado por resultados en la investigación e incapaz de garantizar la seguridad de los ciudadanos del centro se había visto obligado a dimitir, esto hacía temer una reacción en cadena que supusiera la cabeza de mas cargos del ministerio del interior y por eso se habían redoblado los esfuerzos entre las distintos grupos de policía implicados en el caso, se establecieron protocolos de colaboración, se pidió la colaboración ciudadana e incluso se trajeron a forenses especializados de otros países; pero lo cierto es que hasta casi diez meses después del primer asesinato no pudieron ponerle rostro y nombre a un sospechoso.

Ahora, el que para la policía era el principal sospechoso se encontraba acorralado y rodeado en aquel edificio abandonado de Chamberí, el inspector Villar tenía la misma sensación que cuando estas haciendo una torre de cartas de la baraja y llegas al momento de colocar la última, entonces piensas – Dios mío, que no se me caiga ahora...- y pones todo el cuidado del mundo en colocar bien esa dichosa última carta. Esto era exactamente igual, meses de investigación, de horas y horas de trabajo en comisaría, de interrogatorios, para llegar hasta aquí, nada podía salir mal. Ahora tenía que colocar correctamente la última carta de la torre.

- Inspector Villar – Era uno de los agentes que participaban en el dispositivo de seguridad, su voz le sacó de sus pensamientos – Han llegado también las ambulancias y los servicios sanitarios, están listas para cualquier eventualidad.

- Perfecto, gracias – contesto Villar sin apartar la mirada del edificio que tenía delante – Que estén listos para actuar en caso de heridos, ocuparos de que tengan sitio para salir entre tanta gente – Alonso comprobó que la gente seguía aumentando y formaban una autentica muralla humana alrededor de la soleada Plaza de Chamberí

Villar se dirigió entonces hacía donde su compañera Paola Soto estaba intentando matar los nervios de la espera con un café, aunque lo cierto es que mas que beberlo se limitaba a agitarlo con su cucharilla

- No estés tan nerviosa, se supone que quien debe estar nervioso es él - y acto seguido tomo la carpeta con el expediente del principal sospechoso que tenía en la guantera del coche

- Eso es fácil de decir, ¿Y si nos hemos equivocado desde el principio y este tío es inocente y en ese edificio no hay nadie? ¿Y si realmente está loco y esto acaba como una carnicería? pídemme cualquier cosa pero no me pidas que me tranquilice – Realmente Paola estaba tensa, apretó tanto el vaso de plástico del café que este acabo por romperse y derramar el líquido, Paola lo tiró al suelo maldiciendo, sus enormes ojos oscuros y su pelo negro enmarañado le daban un aire mas serio pese a su juventud, este era el primer dispositivo en el que participaba desde que se había incorporado a la policía

- Tienes razón y te entiendo, pero debemos tener la sangre fría para poder pensar mejor si las cosas no salen como están planeadas, escucha Paola, nadie nos puede pedir que seamos infalibles basándonos en las pruebas que tenemos hemos tomado las decisiones

mas lógicas, si algo sale mal solo podemos continuar trabajando, hazte un favor a ti misma y trata de relajarte, yo voy a repasar una vez más el expediente de Capell – Se apoyó en la puerta del coche y empezó a ojear el expediente

Aunque se sabía cada letra del expediente de memoria, volvió a repasar todos los datos que tenía del hombre en cuestión. Se trataba de un hombre de cincuenta y seis años llamado Adrián Capell, de compleción fuerte, alto y totalmente calvo; las pruebas que lo acusaban eran múltiples y tras mucho seguirle la pista, habían dado con su escondite en plena plaza de Chamberí

El edificio había sido vigilado durante la noche por dos policías camuflados – la propia Paola Soto y un agente de la comisaría central- con lo que se aseguraban que el pájaro no había volado por la noche. Ahora, estaban listos para entrar a por él. Eso explicaría también el nerviosismo de la subinspectora Soto, llevaba toda la noche vigilando sin pegar ojo, aunque Villar le había insistido en que se fuera a descansar a casa, ella no había querido y Villar lo comprendía perfectamente

Villar hizo un gesto con la mano y el pulgar levantado a uno de los agentes, este asintió y se dirigió a los agentes que se encontraban en el perímetro de seguridad para echar hacía atrás a la gente que ya se agolpaba demasiado contra las débiles cintas de plástico y que amenazaban con desbordarlo

- Atrás por favor, puede resultar peligroso, retrocedan y no se agolpen contra la cinta – La mayoría de la gente retrocedía un paso para luego volver a avanzar y no perderse el “espectáculo” pero al menos se cumplía con la formalidad de intentar que se respetase el perímetro de seguridad.

Acto seguido Alonso miró a Paola a través de sus intensos ojos grises que enmarcaban una nariz respingona y recordaba en parte la cara de una rata, y con una leve sonrisa dijo

– Bueno, avisa por radio a los grupos de intervención y al resto del operativo, voy a dar el ultimátum a Capell. Comienza el show – Alonso esbozo una sonrisa maliciosa

– Bien – Paola cogió la radio de la emisora y hablo con voz serena – A todos los agentes, por favor, ocupen sus posiciones, comenzamos la fase final. Cambio y Corto

Sentado en el suelo de aquella oscura habitación en el segundo piso del edificio, Adrián Capell sentía como su desesperación crecía por momentos. Se había despertado a primera hora por culpa del bullicio y el griterío que venían de la plaza, cuando se asomó no daba crédito, ahí fuera debía de haber mas policía junta que en el desfile de las Fuerzas Armadas, desde ese momento se sentó en el suelo por debajo de la ventana para evitar ser visto y había estado dándole vueltas a como escapar de aquella ratonera.

Su cabeza estaba totalmente empapada en sudor y la ansiedad le dificultaba incluso tragar saliva, aunque la temperatura era agradable, como corresponde a Madrid en el mes de Abril, la desesperación le estaba consumiendo, ahora se daba cuenta de lo idiota que había sido al buscar su escondite, el edificio parecía perfecto, céntrico, cercano a todas sus victimas, de tan solo tres plantas, y tan deteriorado que estaban repletas de ocupas y gentes de por el estilo, ningún vecino modélico que pudiera entrometerse en sus asuntos o hacer preguntas de mas, pero en estos momentos resultaba muy obvio una importante carencia: No existía mas salida que el portal principal – donde la policía había montado su campamento – no había ni una bajada a un garaje, ni unas balconadas por las que salir, ni por supuesto salida de incendios o algo que se le pareciese.

Capell solo usaba este diminuto apartamento temporalmente como una guarida, su domicilio real estaba bastante lejos de allí, en el barrio de Usera, allí es un modesto fontanero autónomo, soltero y con muy escasas relaciones sociales, apenas visitas en todo el año y una nula relación con los demás vecinos; por eso usaba esta guarida como escondite, le permitía llevar con tranquilidad la doble vida que precisaba para cometer sus asesinatos, pero ahora se le antojaba que en realidad su guarida había resultado una ratonera.

De repente, escucho el megáfono de la policía – Adrián Capell, le habla la policía – se hizo una pausa de unos segundos que a Capell le parecieron años. – Todas las salidas están rodeadas, no hay escapatoria posible – “Todas las salidas” pensó irónicamente Capell “Querréis decir la única salida, malditos perros, se lo he puesto en bandeja”. Capell sintió como se mareaba y las pulsaciones le iban en aumento, en estas circunstancias es imposible pensar en ninguna alternativa, no obstante, echo la mano al bolsillo trasero de su raído pantalón vaquero y saco una pistola, una Smith&Wenson 38, abrió el cargador y comprobó que lo tenía lleno, aunque pensándolo bien, resultaba inútil para hacer frente a semejante destacamento de policía, no pudo evitar sentirse mas seguro al sentir el acero de la pistola en su mano.

Con sumo cuidado, Capell levanto levemente la cabeza para mirar a través de la ventana que tenía justo encima, deslizó la cabeza por debajo de aquel mugriento trapo que en su día fue una cortina y miró al exterior de la calle. Los edificios de la plaza de Chamberí se recortaban perfectamente en el cielo azul de Madrid, en especial el edificio de la Junta General del Distrito que estaba justo enfrente, los bancos alrededor de los árboles y de la fuente central estaban ahora vacíos y la gente se agolpaba alrededor de la plaza que estaba repleta de coches de policía con las luces

azules y rojas girando como un macabro tiovivo, también pudo ver alguna ambulancia y algún coche de informativos. En línea recta a la ventana desde la que estaba asomado y a unos doscientos metros estaba el hombre del altavoz, estaba vestido de paisano, llevaba una cazadora beige de medio cuerpo, era delgado y a su derecha había una mujer, de unos cuarenta años también, delgada, con el pelo en media melena moreno y vestido con vaqueros y un jersey azul de cuello alto. Aquellos dos eran los que llevaban la voz cantante y por eso estaban en el centro del tablero de juego.

Por doquier había policías uniformados, muchos de ellos con los equipos de intervención – chalecos antibalas, casco, ese característico uniforme negro y subfusiles de asalto –. Instintivamente ciñó el arma de nuevo en torno a su mano y se limpio el sudor que le resbalaba por la cara.

El inspector Villar continuó con el procedimiento habitual, sabía que la gente como Capell no eran sujetos que se rindiesen con facilidad, pero tenía la esperanza de que su nivel de desesperación le llevase a entregarse sin oponer resistencia.

– Tiene diez segundos para entregarse, salga de casa con las manos en alto y nadie resultara herido – El órdago estaba echado, en menos de un minuto sabrían si Capell se entregaba por las buenas y cerrarían el caso con un final feliz o si por el contrario tendrían que recurrir a la lotería de una intervención de los Grupos Especiales, Paola y Villar se miraron mutuamente con un gesto de asentimiento y resignación, la suerte estaba echada.

Capell era consciente de que su tiempo se acababa, paseó su mirada por la sala con la desesperación de quien sabe no va a encontrar nada, la verdad es que aquel cuartucho estaba completamente vacío, no siendo por algunas bolsas del Carrefour, un par de cajas de cartón y múltiples desperdicios de comida precocinada, pizzas, latas de cerve-

za y otras inmundicias; aquel lugar recordaba mas a una madriguera que a una vivienda humana. En la pared de la sala que estaba a la derecha de la ventana se encontraba una puerta que daba a un diminuto hall que a su vez daba a la puerta de salida, por el contrario en la pared izquierda se encontraba la puerta de la habitación que tenía el baño incorporado, en la parte frontal de la sala estaba la entrada a una pequeña cocina, que prácticamente no se había usado nunca.

No hay lugar donde esconderse, tampoco hay opción a tomar rehenes ya que eso implicaría abandonar la vivienda y buscar en alguno de los otros pisos alguien a quien tomar de rehén, se le antojaba casi imposible que la policía a esa alturas no hubiese ya desalojado el inmueble o tomado posiciones cerca de su puerta, intentar luchar podría resultar peor que entregarse, acabaría como mínimo herido y en prisión. ¿Por qué no entregarse? A fin de cuentas, tendría derecho a un abogado y siempre cabía la posibilidad de que le declararan loco o algo así, muy típico en la justicia de España; si, esa parecía la mejor opción. Se puso en pie lentamente y se encaminó hacia el hall para salir al pasillo, despacio, como si anduviese por un campo minado.

La emisora que estaba en el coche al lado de Villar y Paola Soto emitió el aviso con ese característico tono metálico.

- Inspector, el objetivo se ha levantado y se encamina hacia la entrada, parece que va armado – Se trataba del capitán Velasco de los Grupos Espaciales de Operaciones que estaban apostados en el edificio de enfrente con varios francotiradores listos para actuar.

- Muy bien, quizás haya decidido salir. No le quitéis el ojo de encima. Cuando las alimañas están acorraladas resultan de lo más peligrosas.

Paola Soto miro de reojo a su jefe y compañero en este caso, la verdad es que Villar tenía la tensión refle-

jada en su rostro, sus ojos claros transmitían toda la incertidumbre y preocupación del momento, los músculos en su cara delgada estaban tensos y se marcaban tanto en sus delgadas facciones que parecía fuesen a atravesar su piel de un momento a otro, llevaba como siempre el pelo claro y corto lo que contribuía a aumentar esa palidez enfermiza. Ella mas que nadie sabia lo importante que era para Villar atrapar a Capell, su jefe tenía una habilidad asombrosa para sentir una profunda empatía con las víctimas, y mas con este tipo de asesinatos, le había visto horrorizarse con cada asesinato, involucrarse en cuerpo y alma con el caso, asumir como propio el dolor de cada familia y ahora que estaban a punto de cogerle, lo veía con una tensión contenida que realmente la intimidaba.

A estas alturas los miembros de la prensa ya habían hecho su particular aparición, estaba plagado de corresponsales de las principales cadenas, cámaras de televisión y coches de unidades móviles. Tanto si la misión resultaba un éxito como un fracaso, saldría en *prime time* en las noticias del mediodía, de la noche y quizás de toda la semana.

Capell continuó bajando las escaleras lentamente, el rellano de las escaleras estaba totalmente oscuro no siendo por la tenue luz que se colaba por los diminutos ventanales que había entre piso y piso. La luz eléctrica estaba cortada en todo el inmueble, a las familias ocupas y algunos indigentes de la zona que eran los mas asiduos visitantes del inmueble no les importaba el no tener luz, les bastaba un lugar donde cobijarse, pero en estos momentos hubiera agradecido tener algo mas de luz, tenia la sensación de que cientos de tiradores de la policía le apuntaban a su cabeza mientras descendía por los viejos escalones de madera. Lentamente en su cabeza iba tomando forma un plan, una última carta que jugar, a la desesperada si, pero quizás una

baza en la que jugársela el todo por el todo, a fin de cuentas, ya no tenía nada que perder.

A estas alturas de la función, Villar no se esperaba lo que sucedió a continuación, Capell emergió de entre las sombras del oscuro portal como una aparición fantasmagórica, llevaba unos sucios vaqueros raídos y un jersey de color burdeos que ya a esta distancia se percibía como un almacén de hilos, bolillas, manchas y ácaros, él mismo se percibía como un ser sucio, Villar intento imaginar la sensación de inmundicia que debieron sentir sus víctimas y notó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo . Caminaba a pasos cortos y lentos, como si continuase andando por un campo minado y con el temor de que un paso en falso puede ser la distancia entre la vida y la eternidad, la mano izquierda levantada con la palma hacía fuera como pidiendo un alto y en la mano derecha la pistola con el caño apoyado en su sien.

- Mierda, quietos todos – ordeno Villar e hizo un gesto con la palma de la mano hacia abajo para indicar calma y tranquilidad. Lo que menos necesitaba ahora era un aprendiz de Guillermo Tell que quisiera salir en titulares de noticias por haber hecho la heroicidad de turno, los miembros de los Grupos Especiales que estaban apostados al lado de la puerta retrocedieron sin dejar de apuntar a Capell, que contrariedad, policías apuntando a un tipo que se apunta a si mismo.

Alonso miró de reojo a Paola y se dirigió a ella en voz muy baja – Ahora tranquilidad Paola, que no nos líe, debemos mantener la calma y ganar tiempo para actuar.

Paola asintió, segura de que su jefe sabia lo que hacia, ella se sentía como paralizada por los nervios

- Voy a disparar – gritó Capell mientras giraba en redondo sobre si mismo para asegurarse que su mensaje llegaba a todas partes - Apretaré el gatillo si no se